

Colombia and the United States. Narcotics Traffic and a Failed Foreign Policy

ROBERT W. DREXLER

MCFARLAND & COMPANY: NORTH CAROLINA, 1997

Es realmente poco lo que se ha escrito acerca de Colombia y sus relaciones con los Estados Unidos, en comparación con la montaña de libros y ensayos disponibles para el caso cubano, el de Centroamérica, México e incluso el Cono Sur. Lo cierto es que una vez superados los desacuerdos con res-

pecto a la secesión de Panamá y la vigilancia del canal, Colombia perdió relevancia política para Washington. Nunca hubo emergencia alguna, como un Fidel o un Allende o un FMLN, que atrajera la atención de la Casa Blanca. Colombia pasó por una suerte de anonimato durante cerca de sie-

te décadas, con repercusiones en el plano académico, pues los especialistas en América Latina se dedicaron a escribir sobre temas más candentes y atractivos. El auge del tema de las drogas y la globalización cambiaron esta situación. Como consecuencia, la producción académica acerca de

⁽¹⁾ Véase: <http://www.unicef.org/org/newsline/99pr29.htm>

las relaciones bilaterales, tanto del lado colombiano como del estadounidense, ha empezado a aumentar en volumen y calidad.

El libro de Robert Drexler es uno de los contados esfuerzos por hacer un recuento histórico de los aspectos políticos de la relación bilateral. Su aporte teórico es débil y a veces sobran las anécdotas personales; no obstante, el recuento resulta interesante para aquellos que quieran una versión "desde adentro" de los Estados Unidos. Es una historia contada desde la Embajada de los EE.UU. en Colombia, lo cual dice mucho acerca de la forma, muy particular por cierto, como se manejan las relaciones con los países latinoamericanos. Drexler fue un funcionario de carrera que estuvo en Colombia durante dos períodos: el golpe militar de Rojas Pinilla y la administración de López Michelsen.

El argumento central que el autor pretende exponer es que el período de López constituyó la gran "tragedia" para las relaciones bilaterales, pues allí se cimentaron las bases del tratamiento de cada país al tema de las drogas. Las posiciones forjadas desde los años setenta explican el actual fracaso de la política antidrogas de los EE.UU.: su intento de controlar la industria ilegal y crear un régimen bilateral de cooperación –no de conflicto–.

El embajador estadounidense en la época de López, Philip Sánchez, fue, de acuerdo con el autor, el segundo peor embajador desde William Harrison (1828-1829). Al igual que Harrison y otros embajadores más, Sánchez fue nombrado por el presidente Gerald Ford para ganar simpatizantes entre el electorado de origen hispánico en su campaña de reelección. Poco se tuvo en cuenta el significado diplomático de reemplazar al reconocido Vaky por un político de bajo rango, justo cuando los dirigentes de Colombia hacían pronunciamientos

antidependentistas, buscando reivindicar una identidad más "digna" frente a la manipulación política, económica e ideológica de EE.UU. López aisló a Sánchez y a su sucesor; al parecer sólo Kissinger, con quien departió en Washington y Bogotá, le daba la talla al presidente López.

En medio de numerosos errores diplomáticos causados por la permanente ignorancia de los *policy makers* acerca de Colombia, su identidad y sensibilidad, EE.UU. perdió su batalla diplomática al no poder enrolar a López en el prohibicionismo de las drogas, bajo el argumento de que el problema era la demanda en los EE.UU. Sánchez salió, otros embajadores vinieron, la DEA creció y con ella la asistencia en drogas. Pero los colombianos nunca cesaron en sus dudas sobre las "verdaderas" intenciones de los EE.UU., mientras los estadounidenses nunca aprendieron sobre Colombia. El problema de las drogas no disminuyó. La tragedia de Drexler termina con la transición de Gaviria a Samper, y muy seguramente el autor habría reforzado sus argumentos acerca de los recurrentes errores si su libro hubiera abarcado el aún más trágico período Samper-Clinton (o Frechette/Gelbard?).

Aunque el "gancho" del libro son las drogas ilegales, Drexler no ahonda en dicho tema. Esto puede de resultar decepcionante para algunos y refrescante para otros. En realidad, aunque el texto carece de metodología historiográfica, su riqueza radica en una narración personal que destapa otros temas distintos a las drogas pero que resultan fundamentales para las relaciones bilaterales.

Cronológicamente el libro comienza con la época de la independencia de Colombia. EE.UU. nunca atendió los llamados de Simón Bolívar y concedió en 1822 después de la Batalla de Carabobo, sin mucho entusiasmo, un tardío reconocimiento a la Nueva Gran-

nada. Después vino el infortunado episodio de la Conferencia Panamericana convocada por Bolívar. La decisión sobre la asistencia de EE.UU. a esta reunión se entrecruzó con asuntos domésticos llevando las peleas, incluso, a un duelo entre el Secretario de Estado y un senador. Despues se extiende en las décadas anteriores a la separación de Panamá para ilustrar cómo los errores de las relaciones también estuvieron marcados por la miopía de los colombianos, con poca destreza para descifrar los intereses de los estadounidenses y anticiparse a sus acciones. El resultado fue el Tratado Bidlack-Mallarino de 1854, que paulatinamente condujo a la intromisión de Estados Unidos en los asuntos domésticos de Colombia hasta considerar derecho y deber el velar por la seguridad del canal y de Panamá. La Segunda Guerra Mundial trajo la alianza ideológica y militar reforzada por los primeros y álgidos años de la Guerra Fría y la participación colombiana en la guerra de Corea. Despues, el anticomunismo y la lucha contra la guerrilla unieron más las causas políticas de los dos países.

El hilo conductor de las historias lo componen los siguientes aspectos. En primera instancia, el papel de los embajadores a quienes Drexler otorga gran relevancia, mirada que podría interpretarse como sesgo profesional. Pero es indudable que los embajadores estadounidenses en Colombia y América Latina han ejercido, en numerosas ocasiones, profunda influencia en los asuntos domésticos de los países. Los casos de Watt, Harrison y Bidlack son algunos ejemplos.

El segundo tema que aparece visible en el texto es el desconocimiento mutuo, la falta de cálculo y la falta de tacto. ¡Qué observación tan pertinente! El tema ha salido a relucir en los más recientes textos escritos después del remezón de 1995-1997. Drexler no

duda en criticar a sus compatriotas por la falta de conocimiento sobre las realidades políticas y económicas colombianas. No le perdonan al famoso John Foster Dulles el haberse apresurado a reconocer la dictadura de Rojas Pinilla, al tiempo que derrocaba a Arbenz en Guatemala. A los colombianos les critica su incapacidad de aprender, tras años de lidiar con los estadounidenses, qué tanto prevalecen los intereses económicos en sus decisiones de política exterior y qué tanto pueden enredarse los asuntos latinoamericanos en las riñas domésticas. También les critica su incapacidad de "leer" la diplomacia estadounidense. Desde la independencia, Colombia asumió de manera errónea que los intermitentes ges-

tos de solidaridad de EE.UU. se traducirían en alcahuetería. EE.UU. no dejaría pasar ciertos errores, ni en el siglo XIX ni en la época de las drogas. Es un mensaje interesante si lo unimos con sus advertencias acerca de los derechos humanos. Sus afirmaciones más impactantes son quizás las que hacen referencia a la incapacidad de anticipar futuros desarrollos políticos y estratégicos en las relaciones. Los entusiastas pronunciamientos de gratitud de José María Salazar, cuando Estados Unidos declaró la Doctrina Monroe, es apenas uno de los ejemplos. (¿Qué diremos en el año 2030?).

Finalmente, un tercer aspecto que vale la pena rescatar es la forma como se describe a los colom-

bianos. Drexler pone al descubierto una serie de prejuicios de los estadounidenses, y muy seguramente de los latinos en general, sobre los colombianos: esencialmente parroquialistas y Bolívar uno de los pocos líderes con vocación internacionalista.

A pesar de sus carencias teóricas y metodológicas, el libro es un testimonio personal que vale la pena leer, dados los escasos textos que buscan explorar las relaciones bilaterales de una forma amplia en el sentido cronológico y temático.

ALEXANDRA GUÁQUETA. Somerville College, Universidad de Oxford.